

LA DEFENSA ANTE LA LLAMADA DE LA TRIBU

VARGAS LLOSA, Mario: *La llamada de la tribu*.
Lima: Alfaguara, 2018, 320 pp.

JORGE BAMBAREN ESPINOSA

Después de publicar su autobiografía *El Pez en el agua*, Mario Vargas Llosa nos presenta nuevamente su recorrido personal través del libro *La llamada de la tribu*. En esta ocasión, el premio Nobel no indaga en las vicisitudes que configuraron su pasado, el protagonismo es ocupado ahora por las lecturas filosóficas y políticas que lo impulsaron a abandonar su formación marxista-existencialista y abrazar el pensamiento liberal. Con una prosa segura y entusiasta, compone el retrato humano y académico de siete autores que fueron capitales para el cumplimiento de esta transición: Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich August von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin y Jean-François Revel.

Mario Vargas Llosa recibió sus primeras lecciones marxistas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a partir del año 1953 en Lima. Durante ese tiempo comenzó su devoción por el pensamiento de Sartre y participó en “grupos de estudios clandestinos” (p. 23), donde se discutía sobre el realismo socialista y el izquierdismo. En el año 1958, el ímpetu de la Revolución cubana, la posibilidad de un socialismo crítico y no sectario en el continente americano, significó una promesa en favor de la justicia social. Vargas Llosa se unió al movimiento

intelectual de apoyo: defendió con manifestos, discursos y artículos la causa revolucionaria.

El inicio del abandono de las ideas marxistas ocurriría luego: el descubrimiento de los campos de concentración para contra-revolucionarios, homosexuales y delincuentes, y el caso Padilla, causaron la ruptura decisiva de Vargas Llosa con el régimen. A partir de este momento, la exploración en la literatura liberal y su residencia en Inglaterra durante el gobierno de Margaret Thatcher permitieron el viraje de su pensamiento y su posterior defensa comprometida de la libertad, la propiedad privada, el estado pequeño, pero eficiente, los derechos humanos y la democracia. Con *la llamada de la tribu*, Vargas Llosa nos permite participar de su recorrido intelectual a través de los autores y las ideas que fijaron sus convicciones humanas y políticas.

Adam Smith, influenciado por la obra de David Hume y el intercambio fecundo de ideas de la Ilustración escocesa, publicó en el año 1759 su primer libro *La teoría de los sentimientos morales*. Del conjunto de ideas que desarrolla esta obra, Vargas Llosa destaca la aparición del “espectador imparcial” (p. 41), aquel juez que todos llevamos dentro, el árbitro que juzga, desde una tribuna objetiva, la bondad y la maldad de nuestras acciones. Para el autor, este concepto es fundamental en el pensamiento liberal y la reflexión en torno al individualismo: dado que la conducta depende de la identidad de cada persona, esta se convierte en “célula básica de la

sociedad" (p. 42), el punto de partida para la construcción de las colectividades a las que todos pertenecemos.

Diecisiete años después, Adam Smith publicó *La riqueza de las naciones*. En palabras de Vargas Llosa, este oceánico libro destaca por su riqueza temática y se constituye como un "monumento a la cultura de su tiempo" (p. 48). El descubrimiento central de sus páginas es el mercado libre como motor de progreso. Gracias a un discorrir espontáneo de la historia, la humanidad alcanza un sistema autónomo en el que los ciudadanos contribuyen al bien común mientras cumplen sus propias necesidades, sus deseos egoístas. Este hito en la reflexión económica se convierte en la defensa más efectiva de la libertad y, además, demanda en el mercado la consolidación de ideas fundamentales para el liberalismo: la propiedad privada, la igualdad ante la ley, la división de trabajo.

El discurso liberal de José Ortega y Gasset, muchas veces relegado o desnaturalizado por sus adversarios según Vargas Llosa, reflexionó sobre temas que cobrarían tremenda actualidad en la vida política de España y Europa: el nacionalismo, el crecimiento de las masas, la deformación del arte, la cultura y su deshumanización. El primero de ellos, examinado en su libro *España invertebrada*, fue considerado por Ortega como el mal más grande que enfrentaba su país. Para él, el nacionalismo era la consecuencia de una lenta desintegración de la sociedad, una doctrina usada como pretexto para "expresar la desilusión que cundía por todas las regiones de España" (p. 72). Esto lo afirma basándose en su idea

de lo que era una nación, "un proyecto sugestivo de vida en común" (p.72). Vargas Llosa secunda las ideas de Ortega y Gasset y considera que los discursos, como el independentista, son simples artificios momentáneos, confinados a "minúsculos sectores tradicionales y marginales" (p. 73), que luego se propagan en la sociedad como una enfermedad.

Para valorar la recepción del arte de su tiempo, Ortega publicó *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*. En este libro destaca "el divorcio irremediable entre el arte nuevo" (p. 74) y el resto de espectadores. Los artistas del nuevo siglo, apartándose de las expectativas del resto de la sociedad, ya no exaltaban la vida sentimental como en siglos anteriores, buscaban crear otra vida "fraguada de principio a fin por el arte" (p. 75). Siguiendo este camino, la producción artística evitaba las formas vivas, tenía un tono irónico y carente de trascendencia, entró lentamente en un ciclo deshumanizador. Según Vargas Llosa, este estilo se fortaleció en las décadas posteriores, hasta alcanzar niveles preocupantes de confusión y banalización. Ortega y Gasset no pudo imaginar que este arte nuevo, por el cual se sentía tan optimista, llegaría a producir "los experimentos más pueriles y los mayores embauques que haya conocido la cultura" (p. 77).

Cuando Vargas Llosa examina el pensamiento liberal de Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* destaca la preocupación por el individuo de inicios del siglo XX, que renuncia a su soberanía y se disuelve en una masa que piensa y siente por él. El avance de este colectivismo se convierte en un retroceso

histórico que afecta tanto a regímenes totalitarios como a democracias modernas. Por otro lado, el autor resalta la promoción que hace Ortega de un estado pequeño, laico y eficiente, pilar fundamental de la doctrina liberal, y la defensa precoz de una Europa unida. El único elemento que Vargas Llosa considera parcial en torno al liberalismo de este pensador es su desconfianza de la libertad económica. Lo considera una limitación generacional y uno de los aspectos más débiles de *La rebelión de las masas*.

El escritor peruano ubica a Friedrich August von Hayek entre los pensadores modernos que más influenciaron su reflexión política. Tras dar una revisión crítica de toda su trayectoria, de su debate con John Keynes y sus opiniones polémicas e irreverentes, Vargas centra su atención en tres obras: *La fatal arrogancia*, *Camino de servidumbre* y *La constitución de la libertad*. De la primera señala la reflexión sobre los “órdenes espontáneos” (p. 117), las instituciones pragmáticas y morales que, de manera no dirigida, han permitido la aparición de la civilización. Entre ellas, Vargas Llosa menciona al lenguaje, la propiedad privada, la moneda, el comercio y el mercado.

Sobre *Camino de servidumbre*, Vargas Llosa menciona los vínculos que Hayek traza entre comunismo y nazismo. El denominador común en ambos sistemas sería el colectivismo, esa postura política que rechaza al individualismo y la libertad, que fractura la democracia e instauro un mercado con planificación económica. En el último libro analizado por Vargas Llosa, *La constitución de la*

libertad, Hayek reflexiona sobre la aparición de la libertad en la vida social y su posterior disminución debido al intervencionismo, discreto y por momentos invisible, del Estado benefactor. El autor hace mención especial al colofón del libro titulado *Por qué no soy un conservador*. En él, Hayek señala la diferencia entre ser conservador y ser liberal. El primero es un sujeto cuya postura política es guiada por el miedo al cambio y a lo desconocido; los conservadores heredan ideas pasadas, se adhieren a ellas para protegerse del futuro que los amenaza. Los liberales, por el contrario, confían en el poder transformador de las ideas y asumen, como actitud fundamental, el seguimiento de los cambios de conciencia que vive la humanidad. Vargas Llosa considera este texto imprescindible para el debate actual: la confusión entre ambas líneas ideológicas por parte de la izquierda es constante.

La aportación clave de Karl Popper para el pensamiento liberal fue *la sociedad abierta y sus enemigos*. En él realiza la búsqueda histórica de las ideas que sustentan doctrinas enemigas de la libertad. Se trata de una firme descripción de la tradición “historicista” (p. 41), que inicia con Platón, se renueva en el siglo XIX y alcanza su cumbre con el pensamiento marxista. El centro de esta corriente es “un inconsciente pánico” (p. 146) a la responsabilidad que implica la libertad, y, por eso, el deseo de regresar al mundo colectivista, de responder al llamado avasallante de la tribu. Según Vargas Llosa, la novedad del libro fue encontrar el inicio de las ideologías verticales y anti democráticas en el mundo griego y el pensamiento platónico.

El autor retrata a Raymond Aron como un intelectual prudente y desapasionado, pero con una inteligencia penetrante, que con su obra quiso enfrentar a los pensadores radicales de izquierda de su generación. Su libro de “combate” (p. 212) fue *El opio de los intelectuales*. En él examina las actitudes de los intelectuales frente al poder, la diferencia entre los que se sometían a los dogmas marxistas y los que asumían una visión *escéptica y libre*. Entre estos dogmas, Vargas Llosa destaca “El mito del proletariado” (p. 214), aquella ficción en la que Marx fundamenta la salvación de la humanidad, una convicción que carece de base científica. Con estas teorías, Raymond Aron generó un contrapeso a la ideología de la época, empeñada en dar respuestas definitivas sobre el hombre. El pensamiento liberal, como señala el autor a lo largo del libro, no se jacta de tener respuestas absolutas, por el contrario, reconoce la posibilidad del error, y mantiene una actitud escéptica que le permite apertura al diálogo y tolerancia.

El profesor de Teoría Social y Política en Oxford y presidente de la Academia Británica, Sir Isaiah Berlin, es presentado como un pensador de extraordinaria sabiduría, cuya característica más sorprendente fue la de parecer invisible, como si no participara en la reflexión de sus textos. Esta técnica llamada “fair play” (p. 237), utilizada especialmente en las novelas, le permitió a Berlin analizar el pensamiento de otros con “escrupulosa limpieza moral” (p. 237). Gracias al trabajo intelectual del pensador letón, Vargas Llosa comprendió que el pro-

greso verdadero, el que produce instituciones y estilos de vida civilizados, se alcanza con la aplicación “parcial, heterodoxa, deformada, de las teorías sociales” (p. 239). Los sistemas adoptados para ordenar la realidad deben ser flexibles, enmendados o rehechos continuamente, deben estar sometidos al análisis objetivo de la razón práctica. Si la realidad humana no se torna la primera y la última palabra de las teorías sociales, los sistemas comunitarios corren el riesgo de ultimar en violencia y censura.

El último retrato es del periodista y ensayista político Jean-François Revel. Vargas Llosa lo describe como un pensador incomprendido y solitario, que se enfrenta a las modas intelectuales, ataca a las corrientes de izquierda, y defiende la libertad en los lugares donde más es desnaturalizada. El libro que le dio más prestigio y generó más polémica fue *La tentación totalitaria*. En él argumenta que el principal obstáculo para que el socialismo triunfe no fue el capitalismo, sino el comunismo. Revel critica al pensamiento de izquierda por dejarse “anquilosar intelectualmente” (p. 289), por fascinarse ciegamente por la dictadura y el totalitarismo. Con una actitud realmente progresista, removiendo “los clisés y las rutinas mentales de las vanguardias políticas” (p. 282), Revel propone al reformismo como el camino más efectivo para alcanzar objetivos civiles, y defiende al sistema socialdemócrata como aquel capaz de conseguir, en simultáneo, la justicia social y la democracia.

El origen de *La llamada de la tribu* fue la lectura que hizo Vargas Llosa del

libro de Edmund Wilson *To the Finland Station*. De ahí surgió la idea de hacer un ensayo que relatará la evolución del pensamiento liberal a través de sus exponentes y acontecimientos históricos, tal como lo hizo Wilson con las ideas socialistas. El resultado fue una notable obra, que entrelaza reflexiones filosóficas, sociales y económicas con testimonios personales de la vida del Nobel, y anécdotas de los autores a quienes dedica estas páginas. Por

momentos adopta un tono académico, con mucha precisión intelectual, para luego transformarse en un relato que nos permite conocer de forma humana a estos pensadores, casi como si fueran personajes de alguna de sus novelas. Con esta obra, Vargas Llosa contribuye “con un granito de arena” (p. 29) a promover la doctrina liberal y defendernos de la “inextinguible llamada de la tribu” (p. 29).